





CONVERSACIONES, 23

PAUL CÉZANNE

© Foto de portada: Gertrud Osthaus, 1906  
© Fotografías interiores de dominio público.  
© De la traducción: José Jesús Fornieles Alférez  
Todas las conversaciones han sido traducidas por José Jesús Fornieles Alférez, excepto la última, «Recuerdos de Cézanne», realizada por Antonio Lastra y Raúl Miranda. Editorial Confluencias agradece su generosa autorización para la composición de este volumen.

© Confluencias, 2018  
[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Maquetación y portada: Rodrigo Sepúlveda Cebrián  
Corrección de pruebas: Gabriel García Santos  
Revisión y coordinación editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en ESCOBAR IMPRESORES, Almería, España

ISBN: 978-84-947772-7-1  
Depósito legal: AL 2477-2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

CONVERSACIONES

con

PAUL  
CÉZANNE

*¿Un color? La armonía*

---

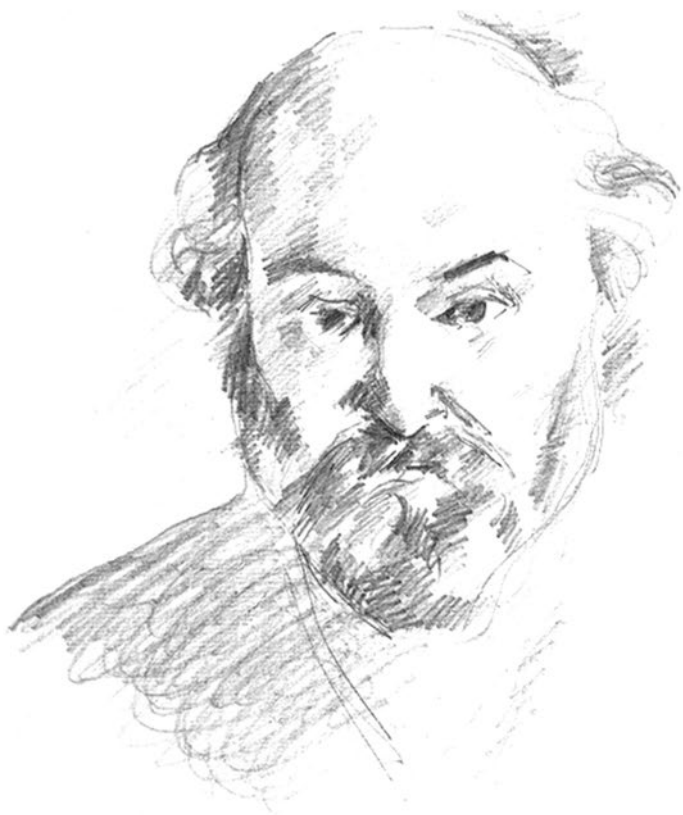
Traducción de

José Jesús Fornieles Alférez,  
Antonio Lastra y Raúl Miranda



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL









## ÍNDICE

Confidencias	11
Jules Borély, 1902	17
Léo Languier, 1902	27
Rivière y Schnerb, 1905	41
Recuerdos de Cézanne y cartas inéditas. Émile Bernard	61



## CONFIDENCIAS

*Este documento fue publicado por primera vez en 1973 por Adrien Chappuis, en su catálogo razonado de los dibujos de Cézanne. Joachim Gasquet, sin embargo, había hecho uso de ellos para su Cézanne. El origen del mismo señala a Joachim Gasquet y a su padre Henri Gasquet, y es ofrecido por Chappuis con todo detalle, junto con fotografías e ilustraciones del documento.*

*El álbum es una especie de juego de clase media de carácter familiar para averiguar, a través de las contestaciones, las preferencias, hábitos y carácter de la persona entrevistada. Tan penetrantes eran las convicciones y los intereses artísticos de Cézanne, que emergen incluso en estas breves respuestas como resonancias de nociones que se pueden encontrar en otras partes del presente volumen.*

*El Dr. Chappuis (gracias a cuya amabilidad puedo transmitir estas notas) las data del tiempo de Mes Confidences, en los años 1866-69, y nos confirma su veracidad a pesar de los distintos poseedores que las han disfrutado. Si esta fecha se cuestionara, hay otros datos, como la evolución de su firma o de su escritura, que pueden invocarse. Sus gustos estéticos estaban ya establecidos desde una época temprana, y ahora podemos saber que perduraron durante cuarenta años.*

## CONFIDENCIAS

NOMBRE: Paul Cézanne.

LUGAR DE NACIMIENTO: Aix-en-Provence.

LUGAR Y FECHA DE LA ENTREVISTA: Tercer piso  
del 30 de la calle Saint Louis.

¿Cuál es su color favorito?

*La armonía general.*

¿Cuál es su olor favorito?

*El olor del campo.*

¿Qué flor encuentra más bella?

*La escabiosa.*

¿Qué animal le gusta más?

*Sin respuesta.*

¿Qué color del pelo y de los ojos más le gusta?

*Sin respuesta.*

¿Cuál cree que es la virtud más grande?

*La amistad.*

¿Qué vicio odia más?

*Sin respuesta.*

¿Cuál es su ocupación favorita?

*Pintar.*

¿Cuál es su forma favorita de relajarse?

*Nadar.*

En su opinión, ¿cuál es el ideal de la felicidad terrenal?

*Tener mi propia forma de pintar.*

¿A qué le teme más?

*A la pobreza.*

¿Podemos preguntarle su edad?

*Sin respuesta.*

¿Qué nombre preferiría si pudiera escoger otro?

*El mío.*

¿Cuál fue el más hermoso momento de su vida?

*Sin respuesta.*

¿Cuál fue el más doloroso?

*Sin respuesta.*

¿En qué tiene más esperanza?

*En la seguridad.*

¿Cree en la amistad?

*Sí.*

¿Cuál es su momento favorito del día?

*Por la mañana.*

¿Cuál es la figura histórica que más admira?

*Napoleón.*

¿Qué personaje de la novela o del teatro?

*Frenhoffèr (sic).*

¿En qué región prefiere vivir?

*En la Provenza y en París.*

¿Cuál es su autor preferido?

*Racine.*

¿Y su pintor preferido?

*Rubens.*

¿Y su músico?

*Weber.*

¿Qué lema escogería si no tuviera uno?

*Sin respuesta.*

¿Cuál es la obra maestra de la naturaleza?

*Su diversidad.*

¿De qué lugar tiene mejores recuerdos?

*De las colinas de San Marcos.*

¿Cuál es su plato favorito?

*Patatas con aceite.*

¿Prefiere un colchón blando o duro?

*Entre los dos.*

¿Qué extranjeros le son más agradables?

*Ninguno.*

Escriba uno de sus propios pensamientos o alguna frase que le guste o con la que coincida:

*Señor, me has hecho poderoso y solitario.*

*Permíteme dormir el sueño de la tierra.*

*De Vigny*



JULES BORÉLY, 1902

*E*ste texto del arqueólogo Borély, aunque fechado en 1902, fue publicado en L'Art Vivant en 1926. La conversación se inicia de camino y dentro del Atelier des Lavies (aunque el edificio no fue terminado hasta septiembre) y termina en el apartamento de la calle Boulegon.

#### CÉZANNE EN AIX

El pasado julio me encontraba en Aix para ver a Cézanne, el pintor. Llegué sin haber concertado una cita; supe de su dirección por el empleado de una librería de la ciudad, y seguí el camino que me conduciría hasta su casa de campo, a donde llegué alrededor de las dos de la tarde. Encontrando la cancela cerrada, empecé a dar la vuelta por el exterior del muro, cuando me encontré de repente con Cézanne, mi objetivo.

¡Por Dios! Ahí estaba Cézanne, volvía de pintar en un pueblo cercano cargado con todos los trastos: un blusón de vidriero, un sombrero puntiagudo, una bolsa con una botella verde sobresaliente y, en sus manos, la caja de pintura, sus óleos y su caballete.

—¿Monsieur Cézanne?

—¿Señor?

Y así fue como asalté a Cézanne, así lo atrapé desarmado entre sus pensamientos. Su sorprendido rostro parecía de cerámica quemada por el sol, mientras las sombras de las hojas de los árboles próximos jugueteaban por su semblante. Tenía una cabeza pequeña y huesuda, la piel rosada, los ojos vivos y un bigote blanco descuidado manchado de azul de prusia.

Me puse a caminar a su lado.

—Monsieur Cézanne, le he buscado para poder contemplar su pintura de nuevo.

Mi corazón empezó a latir con fuerza ante la reacción que podría provocar en este hombre tan querido. Se despertó en mí una emoción que aún hoy me costaría explicar.

—Señor, es usted demasiado amable —me dijo—. Bueno, ¿quiere ver algunos de mis intentos?

Soy demasiado viejo, y un mero principiante. Sin embargo, estoy comenzando a comprender, si puedo decirlo así; creo que comprendo. Si le gusta la pintura, tengo algún Monet, pero no mucho más. En la actualidad, son muy caros. Tengo un Delacroix. ¿Es usted pintor? ¡Oh, lo es! ¿Sabe que tengo un método y casi completado un formulario para mi profesión? He estado investigando durante mucho tiempo; de hecho, sigo haciéndolo. Esto es lo que me preocupa, a mi edad. No permita que mis desvaríos le sorprendan —añadió—. Tengo lapsus. ¿Quiere ver mi pintura?

—He oído hablar de su pintura en tales términos que he deseado verla como un loco.

Cézanne se detuvo de repente. Me habló llanamente.

—Señor, estamos solos en el campo, de hombre a hombre. No me adule. Sí, creo que soy pintor. Lo que es más: otros lo reconocen y compran mis impresiones. Sin embargo, son objetos imperfectos. Oh, sí. Lo afirmo. El problema es que yo capturo el color local. ¡Ah, Monet! ¿Conoce a Monet? Monet es, en mi opinión, el pintor más perfecto, el más dotado de nuestro tiempo.

Llegamos a su casa de campo. Abrió la puerta, la empujó y me ofreció una de las sillas de madera

blanca abandonadas en la terraza bajo unas pálidas acacias. Dejó su bolsa, la caja de pinturas, el lienzo, y se acercó a admirar las vistas. Más allá de la masa de olivos y algunos árboles marchitos, aparecía la ciudad de Aix bajo una luz violácea, encuadrada entre colinas que la rodeaban, flotando... Cézanne extendió el brazo para medir la torre con la campana de la catedral entre el pulgar y el índice.

—Qué poco hace falta para transformar estas cosas... Yo lo intento, pero me resulta difícil. Monet tiene ese raro talento; observa e inmediatamente puede ponerse a dibujar proporcionalmente. Lo coge allí y lo pone aquí; es el gesto de un Rubens.

A mi ruego, nos dirigimos a su estudio. Era una habitación alta y amplia de paredes vacías e inanimadas, y una ventana horizontal que daba a un campo de olivos. Dos caballetes con pinturas parecen cautivos y tristes. Una representaba a un grupo de jóvenes desnudas de blancos cuerpos contra un fondo de lunares azules. La otra, la figura de un campesino con capa de cazador; el rostro era amarillo, pero sus ojos profundamente azules. Regresamos al jardín. En el vestíbulo conté una veintena de acuarelas —todas azules y verdes— tiradas desordenadas por

el suelo, entre todo lo que había traído. A un lado pude ver un cielo en el que resaltaba una manzana verde.

—¡Esos deben de ser árboles!

—Oh, no. Yo quería pintar un cielo muy azul con pocas nubes —se asomó por la puerta abierta—. Nubes blancas —y añadió—: ahora el cielo está muy claro, pero puede que mañana haya nubes; veo niebla en el horizonte.

Nos sentamos para hablar de Monet, Renoir y Sisley. «Es distinto a Monet, a Renoir le falta una estética constante. Su genio particular y su modo de hacer las cosas le hace difícil mantenerlo... Monet se limita a una sola visión de las cosas. Para él es fácil mantenerse fiel al estilo que ha desarrollado. Sí, Monet es un hombre afortunado, ha conseguido lo que se propuso. Aquel pintor que lucha contra su talento será un desgraciado, quizás escribió poesía en su juventud...». Y diciendo esto, dio un suspiro, y empezó a reír mirando por la ventana. Mi confusión aumentó cuando añadió: «Pintar es algo divertido». Luego se volvió, y afirmó lentamente: «Me vienen pensamientos extraños». Se acercó y me dijo: «Voy a meter las sillas, la humedad estropea el mimbre. ¿Piensa, a veces, lo inútiles que son

las cosas que hacemos?». Se sentó entre dos sillas, sosteniendo una contra su espalda.

—¿No cree usted que pintar significa crear una impresión armoniosa? ¿Y si yo quiero celebrar la luz? Yo sé lo que está pensando, que nunca lograré trasladar esta luz vacilante al lienzo, pero imagine que puedo recrear esta impresión con otra impresión correspondiente, ¡aunque lo tenga que hacer con betún!

Salimos. Cézanne llevaba su blusón y su zurrón cruzado. Cerró la puerta y empezó a reír de nuevo: «Soy el más desafortunado de los hombres». Me di cuenta de que su fino y blanco cabello flotaba sobre su cabeza como los viejos de Greuze en sus retratos de familia. Empezamos a bajar hacia la ciudad.

—Observe este paisaje. ¿No es clásico? —Era un camino polvoriento entre dos muros iluminados por el sol, con una doble línea de moreras profundamente verdes contra un cielo pálido. Pero no, no era como aquellos paisajes clásicos artificiales que yo conocía. ¿Qué quería decirme? Ciertamente, nada escapaba a la mirada de Cézanne, y sólo se horrorizaba ante el mal gusto de su tiempo.

—Zola habla abiertamente de su genio. ¿Lo ha conocido en París?

—¡Ah, París! No, Zola es mi amigo de la infancia. Estudiamos juntos en el colegio Bourbon, aquí, en Aix. En su último año, tuvo la suerte de encontrar un profesor al que le gustaba la poesía. Recuerdo que nos leía *Les lambes*. Zola ya tenía un talento maravilloso para contar historias. Un día escribió su clase de francés en verso. Nuestro profesor le dijo que algún día sería escritor. Suena como tópico, ¿verdad? Sin embargo, este profesor animó al genio. Pero le hablo de Zola... ¿no le estoy aburriendo?

—No, ¿por qué?

—Por el motivo de su visita. ¿Le gusta Baudelaire?

—Sí.

—Yo no conocí a Baudelaire, pero sí a Manet. Como Pissarro, fue un padre para mí. Podía preguntarle cualquier cosa, como a un buen Dios.

—¿Era judío?

—Sí, era judío. Debe asegurarse una buena educación artística. ¿Le gusta Degas?

—Oh, sí, aunque su pintura es privada, como de gabinete, si puedo decirlo así.

—Sé lo que quiere decir. Lo que es más, si llegara alguna cosa a interponerse en nuestra conversación, intentaremos llegar a un acuerdo.

Llegamos a Aix, a la fresca calle donde Cézanne vivía. A las cinco de la tarde, el piso bajo del edificio se encontraba a la sombra, pero la fachada de la gran casa brillaba en amarillo contra el azul del cielo.

—¿Le gusta Aix?

—Aquí nací y aquí moriré. Dejé la escuela secundaria para ir a París, y veintiún años más tarde no reconocía mi pueblo. Los rostros de las muchachas con las que estudié habían cambiado demasiado. Hoy todo cambia, pero yo no. Vivo en la casa de mi familia y reconozco a la gente con la que me cruzo. Como la mayor parte de los que hemos ido envejeciendo sin cambiar de hábitos drásticamente, sin modificar las leyes del tiempo, detesto a la gente que se esfuerza en escapar a estas leyes. Observe al propietario del viejo café sentado bajo la acacia, ¡qué estilo tiene! Por el contrario, mire a esa joven en la plaza. Sin duda es bonita —en este sentido, no podemos decir nada malo de ella—, pero ¡qué pelo, qué vestido, qué descaro, qué banalidad!

El sol alargaba la sombra de los plátanos, ondeándola sobre la arena.

—¡Qué difícil es pintar bien! ¿Cómo aproximarse directamente a la naturaleza? Mire, entre



ese árbol y nosotros hay un espacio, una atmósfera. Luego está ese tronco. Es palpable, resistente, un cuerpo... ¡Oh, cómo me gustaría ver como un niño recién nacido! Nuestra visión está gastada, explotada por el recuerdo de miles de imágenes. ¡Y los museos de pintura! ¡Y las exposiciones! Ya no podemos ver la naturaleza, la vemos en las pinturas. ¡Ver el trabajo de Dios! Eso es lo que tratamos de hacer. ¿Pero soy realista o idealista, pintor, artesano? Temo ser considerado un fraude. Es algo grave. Sin embargo, soy un pintor, ¿no? Me consideran como un pintor.

Dejé a Cézanne después de pasar otra estu-  
penda media hora más en su fría casa. Sobre una estrecha mesita de su dormitorio, tres calaveras humanas pulidas como si fueran de marfil. Me habló de algunas pinturas suyas que guardaba en el ático. Buscó, pero no encontró la llave, y la criada se la dio.

Tomé el tren aquella noche y dejé atrás a aquel hombre de maravillosa conversación al que tanto compensaba visitar. Había caído bajo el encanto de esa alma inquieta, esa alma tan simple y tan complicada. Había inhalado el incienso de su corazón en llamas. ¡Adiós, hombre sabio, quien confundiría el significado de la vida

cotidiana, sentimientos demasiado inestables para mí! Adiós, pasión afectuosa, benevolente, inteligencia compleja y clarividente, modesto, absolutamente modesto corazón doliente de orgullo herido...

Mi tren recorría los alrededores de Aix, tierra de flores, casas, prados, granjas, riachuelos, juncos, guijarros plateados y campos verdes con manchas floridas. Esta tierra que es verdaderamente un jardín para el hombre, rodeada de altas colinas donde los pinos de Alepo muestran el esplendor de sus ramas... Pasados uno o dos bosques embellecidos por la puesta del sol de reflejos rosas y malvas, nos aproximamos a Marsella, una gran ciudad bañada en ocre, protegida de un paraguas de pinos...

Pienso con tristeza en ese asombroso talento que, para infortunio de este gran pintor, atormenta sus nervios y excita sus pinceles.